

MADRE DE FAMILIA



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 2.º—NÚMERO 45.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada.—1876.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Barro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

El rescate del pintor. — Solo un Dios y solo un culto, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez. — El depositario, por D. J. de D. Ruiz. — Variedades.

EL RESCATE DEL PINTOR.

¡Qué peñasco tan escabroso! exclamaba cierto joven un día del año 1633 inclinado hacia un abismo! Sin duda en un sitio igual fué donde se vió Prometeo encadenado en castigo de su temeridad!... Estas profundidades parecen hechas de intento para abrigo de la fuerza y de la violencia, esas dos divinidades que ensalzó el poeta griego. Si en algún tiempo llegara yo á emprender cualquiera de esas obras á que me siento inclinado para adquirir celebridad, y que mi nombre pase á las generaciones futuras, este monte seria mi Cáucaso: aqui hiciera bajar al buitre que devoraba eternamente el higado del mortal generoso cuya mano atrevida arrebató la celeste llama á los dioses.

Mientras que nuestro héroe poseído de entusiasmo se entregaba á tan poéticas reflexiones, un bandido de los Abruzos que le habia

ido siguiendo, apuntándole de improviso con la carabina, hizo resonar en las peñas con voz terrible, la aterradora frase de *la bolsa ó la vida*.

El joven volvió la cabeza con la mayor indiferencia y dirigiéndose al bandido:

—La bolsa, mi buen amigo, le dijo, podeis pedirselas al último posadero del valle que se encargó de desocuparla; y en cuanto á la vida podeis tomarla si os agrada, que no tengo empeño en conservarla; pero os advierto que no os servira gran cosa.

Pronunció estas palabras con tal amargura que el bandido descansó las armas, y á impulso sin duda de ese humano instinto que hace amigos á los que sufren, se adelantó hacia el viajero, diciendo:

—¿Con que eres desgraciado? ¿Quieres ser de los nuestros?

En aquel mismo instante llegaron otros bandidos acompañados de una mujer de singular hermosura, quien se acercó al primer bandido como para cerciorarse de que no habia corrido riesgo alguno.

—No tengo nada, *Marietta*; es un muchacho sin armas; algun discipulo de la escuela

de pintura, porque tiene un lapiz en la mano.

—¡Nada de cuartel!! gritó acercándose un viejo, sin duda capitán de la cuadrilla, y en cuyo rostro feroz se veía trazada toda una vida de bandolero; ¡nada de cuartel! Esos pintores son espías que vienen á retratar nuestras caras para darnos á conocer al gobierno; esparcen nuestros retratos por aldeas y lugares, en términos que no podemos ir ni á la iglesia por miedo de que nos conozcan. Mil veces me han hecho perder la misa en dias bien solemnes; á mí, que soy cristiano viejo. ¡Nada de cuartel!

—Con todo, replicó el primer bandido: este muchacho parece desengañado del mundo. Además, para llegar hasta aquí sin conocer los senderos, es preciso que sea jóven de resolución, y como acabamos de perder á Francisco en la última emboscada, que era de su misma edad, le he propuesto que se quede con nosotros.

—Gracias por el obsequio, dijo el jóven; pero no le tengo gran afición á tu oficio.

—Creí, añadió el bandido, que eras un verdadero hijo de Nápoles, y que como tal odiabas á los españoles.

—Soy, en efecto, hijo de Nápoles. Detesto al virey y á los suyos, tanto ó más que tú, y cuando suene la hora del combate no seré el último á desenvainar la espada, pero de esto á atacar, so pretexto de negocios públicos, á las personas indefensas y atentar contra su vida y sus bienes, hay una gran diferencia.

—¡Cuatro balazos al punto! gritó el capitán.

El primer bandido se calló, y ni una voz se alzó en defensa del jóven; solo la mujer le miraba con benévola curiosidad, pero sin atreverse á abrir los labios delante de sus imperiosos dueños.

—En horabuena; matadme, dijo el jóven: solo os pido un favor, y es que antes de morir me dejéis contemplar el hermoso paisaje que debe descubrirse desde aquel lado de la peña; quiero ver como el sol acaba de desembarazarse de la nube que lo oculta, y viene á derramar de lleno sus dorados rayos sobre nuestras cabezas: quiero admirar por última vez el sublime espectáculo de la naturaleza: ¿me privareis tambien de ese placer, como me quereis privar de la vida?

—No somos tan inhumanos, dijo el capitán; bien puedes adelantarte hasta el borde de la peña, que no por eso has de escaparte, y te aconsejo que te inclines hácia el a'ismo; con eso si no mueres de las balas, morirás en

la caída, no padecerás y nos ahorras el trabajo de comenzar de nuevo.

—Gracias por el aviso, replicó el jóven, y en pago de tu condescendencia te ofrezco tomar el consejo.

Diciendo esto, se adelantó hácia una plataforma que dominaba un valle inmenso, presentándose á la vista toda la magnificencia del suelo de la Italia. El primer bandolero, viendo tanta serenidad y sangre fría, descansando su escopeta, dijo entre dientes: «Es lástima que muera este muchacho:» los demás prepararon sus armas para hacer fuego.

—¡Oh cielos! exclamó el jóven entusiasmado al ver el sorprendente paisaje que se ofrecía á su vista; ¡cuantas maravillas! ¿Vióse nunca más sublime espectáculo? Aquí la naturaleza ha reunido todos sus rigores; allí toda su lozanía y suntuosidad. Cualquiera puede morir despues de haber contemplado este cuadro. ¡Gracias, Dios mio, gracias!

Y en medio de su religiosa admiracion, el jóven puso una rodilla en tierra.

—¡Deteneos! gritó el capitán bandido, está orando y debemos respetar su devocion.

Pero el jóven permanecía ya largo rato en la misma actitud sin levantarse.

—¿Qué diablos de letanias reza? dijo impaciente el viejo, voy á sacudirle la espalda para que acabe su rosario, y si no irá á despa-charlo al otro mundo.

Acercóse en efecto al jóven, quien con un lapicero en la mano estaba copiando sobre la rodilla aquel paisaje encantador, en el que descollaba entre los matorrales una choza abandonada, puesta de un modo pintoresco en la pendiente de una colina.

No bien la vió el capitán, cuando se le escapó una exclamacion de sorpresa y de placer.

—¡Micasa! dijo, ¡mi antigua casa!... ¡Aquella en que ví por primera vez la luz del día! la que los soldados devastaron sin objeto, por solo el placer de hacer daño! ¡Oh! amadas ruinas, pronto tambien dejareis de existir.... ¡el bribonzuelo! ¡como ha ido á entresacarla de en medio de las malezas que la ocultan!...

—Debió ser una buena habitacion, dijo con indolencia el jóven.

—¡Oh! si la hubieseis visto, prosiguió el viejo con entusiasmo, qué hermosa estaba en medio de los rosales que florecian dos veces al año, como los de Poestum! La puerta, que se abría á la parte de levante, estaba cubierta de madreSelva. Era, en efecto, muy risueña, muy hermosa. Mi padre vivió en ella feliz como un monarca, hasta que no pudiendo pagar los

impuestos con que nos abruman los extranjeros, los soldados la saquearon. Mi padre pereció defendiéndose, mi madre murió de pesar, y yo, privado de mi familia, huí á los montes solo, y alimentando un odio implacable á todos los hombres. Desde entonces he cometido horribles crímenes; mi corazón se ha empedernido, he visto arder impasible millares de casas, he visto correr del mismo modo arroyos de sangre, he llevado, en fin, mi venganza al último extremo.... y sin embargo, no puedo contemplar esa choza arruinada, sin sentir crueles remordimientos.

El bandolero tenía sus ojos humedecidos fijos en el dibujo del pintor. Grande fué su admiración, cuando en lugar de las ruinas vió una cabaña entre rosales con la puerta sombreada por la madre selva, todo lo cual había trazado rápidamente la mano del jóven en el papel, mientras que el anciano se abandonaba á sus recuerdos.

—¡Eso es! ¡eso mismo! dijo con efusión, y estrechó la mano del jóven cariñosamente.

El resto de los ladrones, admirados de tan extraña escena, acudieron todos, y visto el dibujo, felicitaron al jóven por su habilidad y talento.

—¿No es verdad, amigos, les dijo éste, orgulloso con los elogios que le tributaban, que en estos rasgos existe la naturaleza viva que se ha reflejado en mis ojos como en un espejo? No es cierto que yo no soy bueno para cardenal ni prelado, y que tengo el genio de un verdadero artista? Mis padres me enviaron con los religiosos de la congregación Samasca: no me quejo por ello; allí he aprendido á leer los antiguos poetas latinos; pero cuando aquellos buenos frailes quisieron enseñarme la teología, á mí que soy pintor, poeta y músico, me despedí y marché lejos de ellos, dejándolos en paz con sus silogismos y sus disputas metafísicas. Tengo diez y ocho años, el corazón lleno de entusiasmo y de amor, y prefiero una muerte pronta á consumirme de tedio. He recorrido los montes en busca de una sima, desde la cual pueda precipitarme un día si la fortuna no me sonríe. Mi familia es pobre, mi padre, Antonio Rosa, es un artista, que no sé por qué no ha querido que trabaje á su lado, y se empeña en hacerme teólogo. Hé aquí lo que me obliga á recorrer las montañas, exponiéndome á las balas de vuestras escopetas, que las prefiero, sin embargo, por que son más poéticas que el tabardillo, que hubiera acabado conmigo ya á estas horas, entre los religiosos de Samasca.

—Jóven, dijo el primer bandido, nada temas; nosotros te tomamos bajo nuestra protección. Aquí donde me ves, también fui yo pintor y arrojé los pinceles por la carabina, porque estoy enamorado de la hija de este valiente. ¿Ves esa mujer de fisonomía tan bella y pura como las vírgenes de Rafael? pues ella es el objeto de mi apasionado amor. Para poseerla, me hice bandido y me hubiera hecho verdugo. ¿No hubieras hecho tú lo mismo?

—Muy linda es por cierto, replicó el jóven y capaz de hacer condenar á un santo. Su retrato será magnífico, añadió fijando sus ojos negros y expresivos en la compañera del bandido, y te lo ofresco por mi rescate.

Los ojos de la mujer brillaron de alegría, y el viejo capitán, cuyo corazón no conservaba otras fibras sensibles que las que tenían relación con su hija y su antigua casa, se sonrió al mirarla, y dijo al jóven:

—Acepto la proposición, pero no será en calidad de rescate, sino que cubriré de oro tu bosquejo, como presumo que han de cubrirse algún día todas tus obras, porque te pronostico un porvenir brillante.

El jóven puso manos á la obra inmediatamente y fué retratando con la mayor perfección las facciones de la hermosa mujer que tenía delante, dejando como encantados á todos los de la cuadrilla.

—Toma, le dijo el bandido, cuando hubo acabado el retrato, presentándole un bolsillo; ahí tienes doscientos escudos de oro. ¿Estás contento?

—¡Ya lo creo! exclamó el jóven lleno de alegría; los traficantes que me han comprado mis primeros bosquejos, no me tienen acostumbrado á tan alto precio. Ha sido preciso que penetre en las escabrosas sinuosidades de los Abruzzos, para hallar un estímulo en mi carrera: ¿Y de parte de quién?... Está probado que los arcanos de la Providencia divina son inesplicables. Parto á Roma; en adelante consagraré toda mi vida al arte, y le devolveré cuanto le debo; el arte ha sido mi salvador, y *Salvador* será el nombre con que firmaré todos mis cuadros.

—Que me place, exclamó el bandido contemplando entusiasmado el retrato; y puedes estar seguro, de que en las generaciones futuras, ocuparán un lugar distinguido en el catálogo de artistas eminentes, el nombre de *Salvador Rosa*.

SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO.

Novela de costumbres.

(Continuacion).

—Una condicion! oh! yo las acepto todas con tal de que Elena sea mi esposa.

—En la que yo pongo está basada la felicidad de su vida entera, pues no puede haber dicha en un hogar donde se alberguen diferentes creencias.

—Segun eso, lo que V. exige....

—Es que la religion de Elena sea tambien la de su esposo.

—Señor, yo soy católico desde hace mucho tiempo.

—¿Cómo!

—El ejemplo de mis compañeros de colegio, las dulces lecciones de mis sabios maestros, hicieron nacer en mi corazon la idea de separarme para siempre de la Iglesia protestante; la fé de Elena es mi propia fé; profesamos los dos un mismo culto.

—Oh! gracias á Dios! de ese modo yo bendeciré mil veces ese enlace.

—Entonces....

—No, padre mio; esta union no es posible, dijo la jóven haciendo un supremo esfuerzo.

—¿Qué dices? pues no asegurabas...?

—Por piedad, nada me pregunte V.

—Y tus palabras...?

—Y tus juramentos...?

—Todo ha sido un sueño!

—Elena!

—Todo debe acabar entre nosotros!

—Pero no decías...? exclamó estupefacto don Martin.

—Oh! ya lo comprendo, murmuró Ricardo sombríamente; ya lo comprendo, prefieres á otro.... mujer al fin!

Elena sintió en su alma la herida que le causaba aquella duda.

Quiso hablar; pero pensó en su padre y su labio enmudeció.

Además, si estaba resuelta á sacrificar su ventura á Héctor, si para que éste se salvase de la deshonra y de la ruina era forzoso que Fanni fuera esposa de Dervil, ¿qué mejor medio que matar el amor de este, dejándole en la creencia de que ella habia faltado á su fé?

En la amargura de su desengaño Ricardo buscaria consuelo ó venganza al lado de Fanni, y tal vez se decidiria á darla su nombre, una vez perdida toda ilusion y toda esperanza que le ligase á Elena.

Le dejó, pues, en su error, y nada opuso á las injuriosas frases con que él la habia apostrofa-do, diciéndola de nuevo:

—Mujer al fin!

D. Martin no sabia á qué achacar aquel cambio de su nieta, y vió con asombro á Ricardo que poco despues salia de la estancia loco de celos y de furor.

Al verle desaparecer la pobre niña se llevó una mano al corazon. Los lazos de su amor estaban rotos, y el sacrificio quedaba consumado.

—Pero ¿qué significa esto, hija mia? la dijo D. Martin; ¿no decias que le querias?

—Sí, sí, le amaba con toda mi alma, con todo el afán de mi primer cariño.

—Y le rechazas?

—Para siempre.

—Pero y qué razon....?

—Va en ello la tranquilidad de mi alma, no me pregunte V. mas, padre mio.

D. Martin quedó mudo ante esta respuesta, y en su interior buscaba la solucion de aquella súbita mudanza, que no tenia explicacion para él.

Ricardo, entre tanto, se habia lanzado á la calle, jurando vengarse del ultraje que, segun él, le habia inferido Elena.

Héctor tambien le habia ofendido robándole su amor, y á él queria pedir cuenta de esta injuria,

Se encaminó, pues, al palacio del banquero, sin pensar siquiera lo que hacia.

Cuando llegó, los criados, acostumbrados á su presencia, le saludaron respetuosamente dejándole libre el paso.

Ya habia cruzado la antesala y se encaminaba al despacho particular de Montalvan, cuando se detuvo indeciso en medio del corredor, que separaba una pieza de otra.

—¿Qué voy á hacer? pensó; ¿qué voy á decir á ese hombre? ¿con qué derecho le voy á pedir cuenta de su conducta, si él ignoraba los lazos que me unian á Elena; mas aun, si él me suponía interesado por Fanni? por Fanni, á quien he demostrado amar, y á quien anoche casi....

El pensamiento de Dervil quedó suspenso, pues el nombre de Elena, pronunciado junto á él, llamó vivamente su atencion.

Era el ayuda de cámara de Héctor que conversaba con uno de los lacayos.

—Te digo que no puede ser, decia el primero: la señorita Elena no hubiera ido sola con nuestro señor, cuando aquí puede verle y hablarle.

—Pues yo te aseguro que era ella: á pesar de que se tapaba el rostro con el velo, la conocí al subir á la berlina.

—¡Bah! ¡Tú estás loco! ¿A qué habian de ir?...
 —¡Toma! ¡Qué sé yo! Pero era ella: salió de

San Ginés y subió al carruaje con mi amo, pasando con él más de una hora, y luego la volvimos á llevar á la iglesia; pero en fin, esto á mí no me importa: yo vengo á tomar órdenes y á saber si va el señor á salir otra vez. Por lo demás, él puede ir con quien quiera; estos señores ricos siempre son escuchados en todas partes: el interés, el interés es malo, y estas jóvenes pobres anhelan llegar á ricas procurando hacer un buen casamiento.

Ricardo no habia perdido una sola de estas palabras, y sus piés clavados á la alfombra, no le permitian moverse de allí.

Pasó una mano por su frente cubierta de sudor, y dirigió una mirada en torno mientras una amarga sonrisa plegaba sus labios.

—Ese hombre tiene razon, murmuró; ¿qué mujer no vende un latido de su corazon ante la perspectiva de un brillante porvenir? Pero.... ¿será posible que haya sido ella....? será posible que bajo aquel rostro de ángel se oculte un corazon tan pérfido? ¿será verdad tal mudanza? Oh! yo sabré la verdad: yo lo averiguaré todo! y desandando el camino que habia seguido, volvió de nuevo al sitio donde los criados conversaban.

—No hay quien pase recado acaso? preguntó uno de ellos poniéndose de pié.

—Volveré mas tarde, respondió Ricardo pasando por delante, y diciendo al lacayo á quien conocia perfectamente,

—Sígueme.

Bajó la escalera y se encontró á poco otra vez en la calle.

El criado le habia seguido, y cuando al fin se detuvo, le halló á su lado sombrero en mano y esperando sus órdenes.

—Escucha, le dijo Dervil con acento breve; escucha, es preciso que me digas....

—Señorito, yo....

—Acabo de oír las frases que decias á tu compañero, y quiero una explicacion terminante de ellas.

—Pero es que.... V. ha oído....?

—Vamos, contesta pronto.

—Es que mi señor..... si se supiera.... podia ser despedido y....

—Nada temas: al comprar tu silencio, sabré pagarlo bien caro; toma entre tanto.

Y al decir esto puso algunas monedas en las manos de aquel hombre.

El oro es una llave que abre todas las puertas, y los labios del criado se abrieron tambien con su poderoso influjo.

De esta manera Ricardo llegó á convencerse

de que Elena habia tenido una entrevista con Héctor, pasando cerca de dos horas en su carruaje, y por último añadió:

—Yo la ví luego llegar á su casa con una criada anciana, y si me hubiera quedado alguna duda hubiera acabado de disiparse, porque el traje y el aire me la hubieran dado á conocer; ¡ya se vé! como está tan cerca, era fácil de ver...

Los labios de Dervil temblaban de cólera, sus puños se apretaban de una manera convulsiva, y en su alma, cual embravecido torrente, se desbordaban mil encontrados sentimientos.

Lo que é., sobre todo, habia adorado en Elena era la sinceridad, era el modesto candor, era, en fin, la lealtad de su alma, y ahora, al creerla culpable, al amor reemplazaba el odio y á la deferencia el desprecio.

Sin embargo, aun dudaba: aun no podia dar entero crédito á las palabras acusadoras de aquel hombre.

Se separó, pues, de él, y tornó á casa de Elena deteniéndose un instante en la porteria.

Valiéndose como antes del talisman del dinero, interrogó á la portera con mil rodeos, y supo por ella que la joven, acompañada de Águeda, habia salido á las seis y no habia vuelto hasta las ocho.

La pobre niña, en medio de su afán, no habia tomado precaucion alguna para ocultar su salida.

Y para qué? quién habia de suponer lo que acababa de pasar?

Ricardo, ciego de enojo y creyéndose el juguete de aquella desgraciada joven, quiso romper de una vez la cadena de flores que les habia unido, quiso devolverla herida por herida, dolor por dolor, y subió de nuevo á su estancia como un hombre ébrio que olvida por un momento todos los deberes y las consideraciones sociales.

Con ímpetu violento empujó la puerta y penetró en la estancia, de donde habia salido poco antes, y á donde aun se hallaban Elena y Don Martin.

La joven dió un débil grito y miró con asombro el rostro pálido de Ricardo.

Sin saber por qué tuvo miedo, y murmuró con anhelo:

—Otra vez!

—Sí, respondió éste; otra vez aquí, otra vez en esta casa; pero no tema V., señorita: no vengo á molestarla con las exigencias y las súplicas de un amor que ya no existe.

—Ah! exclamó ella sintiendo acudir el llanto á sus ojos; entonces....

—Vengo á decirle que es libre, que yo á mi

vez recojo mis juramentos, y retiro la palabra que pronuncié en un momento de error.

—Enhorabuena: exclamó D. Martin con voz un tanto severa; enhorabuena: yo, en nombre de mi hija, devuelvo á V. esa palabra y esos juramentos, no autorizados por mí, sintiendo al par la ofensa que parecen querer inferirla esas frases, y el tono con que son pronunciadas.

D. Martin tenia razon.

Ricardo, inspirado por su orgullo herido, y por su loco furor, acababa de cometer una accion villana, dirigiendo casi un insulto á una pobre niña, sin mas apoyo que un inútil anciano.

El tono de D. Martin acabó de trastornar á Dervil, que mas desesperado aun continuó:

—Caballero, al obrar del modo que lo hago, me asisten razones imperiosas, razones que justifican mis palabras, y que me apartan para siempre de la mujer que he amado, con la lealtad de un hombre de honor.

—Y esas razones....

—Elena sin duda las comprende y sabe que son valederas, cuando así me escucha y cuando así calla.

Efectivamente la jóven aterrada y muda, no osaba articular un solo acento.

—Hija mia, exclamó D. Martin; óyeme bien: cuando un hombre viene á retirar la palabra que ha empeñado á una jóven digna y pura, ó es un miserable, ó deben asistirle motivos de tal valia, que la infamia esté de parte de ella.

—Ah! mia! exclamó la niña, mia!

—Ya sé que no, y por eso quiero que alces tu frente. Ricardo dice que tú conoces las razones del paso que dá! Y que las hallas buenas, ¿es verdad esto? has dado motivo para....

—Yo.... yo no sé nada, yo no puedo....

—No te turbes.

—Padre....

—Cuando te dije que te amaba, cuando te ofrecí mi corazon, ¿no lo aceptaste? no me juraste ser fiel, y no admitir otras promesas, otras protestas, otros amores? gritó Dervil con violencia.

—Sí, tartamudeó la pobre niña.

—Y lo has cumplido?

—Sí, volvió á repetir sin saber lo que decia.

—Y entonces? dónde has pasado las primeras horas de este dia?

Elena dió un grito y cayó desplomada sobre una silla cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué dice V.! exclamó D. Martin levantándose como movido por un resorte, qué dice este hombre, Elena!

Un desgarrador sollozo contestó solo á esta pregunta.

Aquel llanto trastornó á D. Martin que cogiéndola del brazo,

—Solo las mujeres culpables esconden la frente cuando lloran, ¿porqué sollozas de ese modo? habla!

—Ya vé V. como no responde, dijo Ricardo sombríamente.

—Silencio! gritó D. Martin mirándole con mas energía que la que correspondia á su edad. Silencio; y tú, Elena, respóndeme: ¿has salido hoy de esta casa?

—Sí, señor, murmuró la jóven con voz ininteligible: sí señor.

—Y dónde, dónde has ido?

—Ah!....

—Con quién has hablado? dímelo.

—No puedo!

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL DEPOSITARIO.

(Conclusion).

—Y no habeis cumplido la promesa? preguntó el juez de paz.

—Por la razon dé que he buscado inútilmente la dicha persona, despues de la pacificacion.

—Mi padre, pereció, en efecto, el mismo dia que Charrette, observó Miguel.

—Y el buen hombre de Lourmand os habia adoptado, dijo Francisco. Ahora comprendo por qué no he sabido nada.

—Pero, conoceréis sin duda el nombre del que os entregó ese depósito? replicó el propietario cada vez mas interesado.

—Perfectamente, replicó Francisco; era un muchacho de Leon d'Angers, que se llamaba Guillermo.

M. Loisel hizo un brusco movimiento, inmuntándose al mismo tiempo su semblante.

—Este bellaco, se está burlando de nosotros, dijo esforzándose por sonreir; ha inventado esa novela para llamar nuestra atencion y ganar tiempo.

—No invento nada, grito el *Rouleur*; tan verdad como hay un Dios en el cielo, lo que he contado es cierto.

—Y á lo menos verosímil, añadió M. Lefebvre, á quien la emocion del propietario no se habia escapado: veamos lo que contiene ese pedazo de pano.

—Jesus, Dios mio! poca cosa, replicó Francisco con un movimiento de hombros casi despreciativo.

—Es decir, que habeis tomado conocimiento del contenido? dijo el juez de paz.

—Siempre es bueno saber lo que se guarda, replicó el mendigo, pero como soy cristiano, señor Lefébure, que no habia dentro de ese andrajo mas que ese pedazo de lámina de estaño.

—Dádmelo, interrumpió el propietario, teniendo vivamente la mano para cogerlo.

Pero M. Lefébure previno este movimiento.

—Un instante, dijo con seriedad; no se toman tantas precauciones por un depósito sin valor, y esto debe encerrar algun secreto.

—Decid mas bien una burla, replicó M. Loisel; cuál puede ser el valor de ese fragmento de estaño?

—Eso es lo que vamos á saber, replicó el juez de paz acercándose á la ventana; porque he aquí algunas líneas grabadas sobre el metal.

—El propietario palideció, y M. Lefébure empezó á leer interrumpiéndose varias veces.

«Yo el infrascripto, confieso haber recibido del Sr. Guillermo, de Leon d'Angers, 320 luises de oro, un reloj guarnecido de diamantes y dos sortijas, cuyo total compone un depósito confiado por M. Enrique de Villiers, el cual depósito prometo devolver á este último ó á quien lo represente.

»Duplicado en Varades, á 3 de enero de 1794.»

—Y la firma? preguntó vivamente Miguel al juez de paz que se habia detenido de improviso.

—La firma debe seros conocida, repitió este volviéndose, porque es la de M. Georges Loisel.

El jóven retrocedió dando un grito de asombro, y el propietario cerró los ojos como si le hubiese acometido un desvanecimiento.

Pero el *Rouleur* que lo habia oido todo, se enderezó sobre su asiento.

—Georges Loisel! repitió, brillándole los ojos con una rencorosa alegría. Es posible...? Sería vuestro amo.... Pero por qué no ha devuelto el dinero?

—Ese recibo es una mentira, una calumnia! tartamudeó Loisel.

—Entonces qué es lo que os hace temblar? replicó Francisco cuyo tono habia pasado súbitamente de la súplica á la insolencia. Si he mentado, fácilmente se puede saber, porque el arrendador de la quinta de Carquefou, que es uno de los testigos del depósito, vive todavía.

El propietario hizo un movimiento.

—Y en el caso de que su palabra no baste, añadió el *Rouleur*, hay todavía otra prueba.

—Otra prueba? murmuró Loisel cada vez mas inquieto.

—Sí, la segunda copia del recibo.

—Qué quieres decir?

—Si la iglesia de Varades no se ha vuelto á enlosar, se encontrará debajo de la sétima losa, empezando á contar desde la pila del agua bendita.

El propietario del *Viviers* sintió flaquear sus piernas y se apoyó contra la pared.

Hubo unos instantes de silencio. El mendigo saboreaba la confusion de aquel á quien habia suplicado en vano un instante hacia. Miguel se creia juguete de un sueño y M. Lefébure observaba.

Este fué el primero en romper el silencio.

—La duda es difícil á vista de tantas pruebas, dijo con severa gravedad, y M. Loisel obrará prudentemente en no continuar negando.

—Eso es lo que veremos... mas tarde.... murmuró éste: en todo caso, no es esta la cuestion del momento....

—Perdonad, caballero, replicó el juez de paz; he venido....

—Habeis venido, interrumpió Loisel, cuya turbacion se trasformaba en cólera, para hacer arrestar un ladrón.

—Dos ladrones! gritó Francisco. Hay dos, señor mio: el pequeño que coge las frutas para no morir de hambre, y el grande que toma el dinero para hacerse propietario.

M. Loisel hizo un violento movimiento.

—Oh! no os temo! continuó el *Rouleur* á quien el placer de la venganza habia hecho olvidar sus heridas: no pido mas que ir á poder de la justicia con tal que vayamos juntos. Ah! no tiene piedad para los pobres pecheros y es peor que ellos; habla del código penal para los demás, cuando debia tenerle miedo él mismo. Quiere hacer valer sus derechos... Y bien! sea en buena hora; pero M. Miguel hará tambien valer los suyos. Con el dinero de su padre se han comprado los *Viviers*: todo lo que hay aquí le pertenece: nuestro amo quedará arruinado y puesto en una prision.... Ah! ah! ah!.... Escribid, Sr. Lefébure, escribid! Nada de indulgencia para los ladrones! Es menester hacer un ejemplar.

Esta vez, M. Loisel permaneció mudo, su orgullo se habia inclinado bajo el peso de tantos golpes imprevistos, cayó sobre una silla con la cabeza baja y los brazos colgando. En cuanto á M. Lefébure, se habia retirado á parte con Miguel y hablaban vivamente en voz baja, al fin se acercaron á un tiempo.

—M. Loisel conoce ahora que yo tenia razon, dijo el primero con un acento en que la tristeza moderaba la severidad; todo el mundo tiene necesidad de indulgencia, y es necesario tener

siempre presentes las palabras de Cristo: «No hagas á los otros lo que no quieras que te hagan á tí.» Si M. Miguel tuviese tambien «el código penal por Evangelio,» podría hacer valer rigurosamente sus derechos.

—Ah! no lo temais interrumpió el jóven dirigiéndose á M. Loisel; por nada en el mundo querria afligir á madama Darcy ni á la señorita Rosina.

—Lo que prueba, añadió el juez de paz con intencion, que ciertas personas quieren mejor perdonar una falta que hacer recaer el castigo sobre un inocente.

—Por otra parte, espero, replicó Miguel, que todo podrá arreglarse sin escándalo.

—Con tal que M. Loisel, se muestre razonable, añadió el juez de paz.

El propietario levantó la cabeza, y su mirada interrogó con avidez la de sus dos interlocutores.

—Qué quereis? preguntó, con voz baja y precipitada.

—No ignorais el afecto de M. de Villiers por vuestra sobrina, replicó el juez de paz; un casamiento confundiria los intereses de ambas familias, y haria inútil todo recuerdo de lo pasado.

M. Loisel pareció dudar.

—Pensad que se trata de vuestra fortuna y honor, añadió vivamente M. Lefébure. Las pruebas presentadas por el *Rouleur* son demasiado evidentes para no convencer á los jueces, si la lucha se empeña entre vos y M. de Villiers; prevenid este peligroso debate por un consentimiento que hará la felicidad de vuestra hermana y su hija: las buenas acciones son algunas veces los mejores cálculos.

Ya fuese vergüenza ó emocion, M. Loisel no pudo responder, pero hizo con la mano una señal de asentimiento, y se lanzó fuera de la cabaña.

La instruccion empezada contra el *Rouleur* no continuó. Miguel de Villiers se casó un mes despues con la señorita Darcy, que le llevó en dote una parte considerable de las rentas de los *Viviers*. El público admiró la generosidad de M. Loisel, y Miguel le dejó toda la gloria, guardando silencio sobre el depósito confiado en otro tiempo por Guillermo. Pero nunca olvidó el servicio que le habia hecho Francisco, y gracias á él, éste ultimo pudo acabar sus dias sin estar expuesto de nuevo á las funestas tentaciones de la miseria.

J. de D. Ruiz.

(Traducido.)

VARIETADES.

MARÍA LESZCZINSKA.

¿Quién no conoce la interesante anécdota de aquel embajador que partió de la corte de Francia para ir á pedir para su rey la mano de una ilustre princesa, y que semejante á los personajes benéficos de los cuentos que embelesan nuestra infancia, acabó proponiendo al monarca otra esposa inferior á la primera por el esplendor y el rango, pero superior á ella por la modestia y la virtud?

El embajador en cuestion, atravesando la Alsacia, hubo de detenerse en Wissembourg, en donde habitaba en el ostracismo y casi en la pobreza, un rey destronado. Introducido en su modesto salon, vió arrodillada á los pies del pobre rey, que padecía un ataque de gota, á una encantadora jóven, tan atenta en abrocharle por sí misma unos botines de abrigo, que solo se apercibió de la presencia del visitante cuando se hallaba ya cerca de ella.

Quedó estático el viajero al contemplar tan tierno cuadro, y aun más creció su admiracion, cuando la jóven le dijo sonriendo:

—¿Teneis padre, caballero? ¡Ah!, si teneis aún esa fortuna, comprendereis que yo no quiero confiar á otra persona la obligacion de cuidarle, y el placer que hallo en hacerlo por sí misma y minorar sus sufrimientos.

Supuesto que teneis padre, añadió, viendo que el embajador habia hecho un signo afirmativo, no os ofendeis de que siga abrochando hasta el último boton.

Cediendo á un misterioso y suave encanto, el magnate, que solo se habia propuesto saludar al anciano rey, se quedó algunas horas en Wissembourg, durante las cuales presenció, bajo mil delicadas formas, los cuidados respetuosos y las cariñosas atenciones que la jóven prodigaba al autor de su existencia.

Preocupado con su recuerdo, abandonó el embajador aquella humilde morada, y se dirigió á la corte del poderoso monarca cuya hija iba á pedir para su rey. La casualidad quiso, ó más bien la Providencia, que se envida de premiar á la virtud modesta y cubrirla de brillantes esplendores, que al penetrar el viajero en la régia cámara, la jóven princesa estuviese disputando con su madre en términos destemplados y altaneros, porque un viejo chambelan habia olvidado recoger el extremo de su manto.

«Señor, escribió al instante el embajador al rey de Francia, he visto á dos princesas muy diferentes entre sí; la una, cuyo único dote consiste en su modestia y su virtud, la he encontrado abrochando los botines á su padre enfermo; la otra, poderosa y rica, ha tenido delante de mí una ágría cuestion con su madre por una ligera falta de etiqueta. ¿A cuál de las dos debo pedir para esposa de V. M.?

«A la primera, respondió el monarca.»

De este modo, al amor filial, debió María Leszczinska su enlace con el jóven rey Luis XV, y la gloria de sentarse en uno de los más poderosos tronos de Europa, demostrando con sus virtudes, nunca desmentidas, cuán bien la habia juzgado el hábil diplomático por aquel solo acto de deferencia y cariño tributado á su anciano padre.

La Condesa de Araceli.